

dre. ¡Oh grandeza admirable de tan divina y elevada generacion! Se confunde y anonada al quererla contemplar, nuestra débil y pobre inteligencia; mas en medio de su confusion y abatimiento, palabras no le faltan para bendecir y glorificar al Hijo del Eterno. ¡Oh Señor, Hijo Unigénito, Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, á cuya diestra estás sentado. Tú sólo eres Santo, Tú sólo Señor, Tú sólo Altísimo Jesucristo. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, y te damos gracias por tu inmensa gloria! ¡Oh divina grandeza del Verbo del Eterno, adorable unidad de su generacion! En virtud de ésta misma excelente y única generacion, está sentado á la diestra de la majestad, en lo más alto de los cielos: siendo tanto más excelente que los ángeles cuanto es más aventajado el nombre que recibió por herencia: porque ¿á cual de los ángeles dijo jamas el Padre: Tú eres mi Hijo, Yo te engendré hoy? ¿y asimismo: Yo seré su Padre, y Él será mi Hijo? Y otra vez al introducir su primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. Asimismo, en órden á los ángeles dice la Escritura: El que á sus ángeles los hace espíritus y á sus ministros como ardiente llama, mientras que al Hijo dice: Tu trono oh Dios! subsistirá por los siglos de los siglos: cetro de rectitud el cetro de tu reino, amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso oh Dios! el Dios tuyo te ungió con óleo de júbilo mucho más que á tus compañeros..... Tú eres oh Señor! el que al principio fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas Tú permanecerás siempre el mismo, y todos como un vestido se han de envejecer, y como un manto los

mudarás, y quedarán mudados; pero Tú eres siempre el mismo, y tus años jamas acabarán. Siéntate á mi diestra, mientras tanto que pongo á tus enemigos por tarima de tus piés. (1)

Tanta grandeza nos tiene deslumbrados, y como no es de persona que puede ser extraña, el corazon ha palpitado de contento, el gozo nos inunda, y lágrimas ardientes del más tierno y santo amor, ruedan silenciosas por nuestras mejillas: ¡Oh Hijo de Dios, enagenados exclamamos, bendito por los siglos; Tú eres sobre todas las cosas, (2) por siempre jamas. Amen. Gozaos en el seno del Divino Padre, donde desde la eternidad y siempre, habeis sido engendrado; gozaos tambien, en ser el único á quien engendra el Padre, y á quien ha dado todo su poder y su grandeza, su virtud y su divina gloria; Hijo muy amado en quien tiene su amorosa y eterna complacencia.

Ahora ¿qué podremos decir de la inefable y divina procesion del Espíritu Santo? Hé aquí sin embargo; algunos de los divinos y brillantes caracteres, si así pueden llamarse, de esa divina procesion, que nos descubrirán en parte, las divinas excelencias y grandezas de la tercera persona de la adorable Trinidad.

La procesion del Espíritu Santo es eterna: el Padre conoce á su Divino Hijo desde la eternidad, y este Hijo asimismo, conoce al Padre eternamente; y ¿pudiera un sólo instante no haber amado el Padre á su Divino Verbo, ó Éste al que es su eterno y divino principio? Desde la misma eternidad brillan en el Hijo las admirables y santas perfecciones de su Padre, y desde en-

(1) Heb. I. 3, -13. (2) Rom. IX. 5.

tónces es el dulce objeto de sus divinas y amorosas complacencias. Asimismo, contempla el Hijo la inefable é infinita belleza de su Padre; y en uno y otro, tan divina y admirable vista no puede hallarse sin infinito y soberano amor.

Es tambien la procesion del Espíritu Divino, única en su línea, si así puede decirse, pues Dios con un solo acto lo quiere todo, nos dice el Ángel de la Escuela. Y San Pablo habia dicho ántes: El Espíritu es uno mismo, é indivisible. (1)

La procesion de que tratamos lleva en sí misma el poder y la grandeza, y todas las riquezas y tesoros de la divina esencia: la misma majestad, la misma gloria, el mismo poderío. Tan maravillosa y santa comunicacion de la naturaleza divina, produce en nuestras almas nuevo asombro, despertando los sentimientos del más puro y tierno amor. Si acaso nos sentiamos fatigados al contemplar tantas maravillas y grandezas en el Padre y en el Hijo, al hallarlas otra vez, en el Divino Espíritu, tenemos que pedirle nueva gracia, por no ser oprimidos bajo el inmenso é insostenible peso de su gloria. En efecto, sin esa gracia, ¿cómo detener un solo instante nuestros ojos en esa claridad tan viva y tan brillante, cuando sabemos que ni áun puede mentarse el nombre de Jesus sino con la gracia del mismo Espíritu Divino? Pero este Espíritu alienta nuestra flaqueza y pide por nosotros con inexplicables gemidos. (2)

La Escritura nos ha revelado la divina y eterna pro-

1) I. Cor. XII. 4.-11. (2) Rom. VIII. 26.

cesion del Espíritu Santo; y entre sus demas caracteres, el de su inefable y misteriosa profundidad: Dios nos ha revelado, dice el gran Apóstol, por medio de su Espíritu, pues el Espíritu de Dios todas las cosas penetra áun las más íntimas de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre sino solamente el espíritu del hombre que está en él? así es que las cosas de Dios nadie las ha conocido sino el Espíritu de Dios. Nosotros, pues, no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios; á fin de que conozcamos las cosas que Dios nos ha comunicado: las cuales tratamos no con palabras estudiadas de humana ciencia, sino conforme nos enseña el Espíritu de Dios, acomodando lo espiritual á lo espiritual. Porque el hombre animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del Espíritu de Dios, pues para él todas son una necesidad, y no puede entenderlas, puesto que se han de discernir con una luz espiritual que él no tiene ciertamente. (1) En efecto, esto se patentisa en lo que acabamos de decir: ¿qué podemos entender por esa investigacion de las profundidades del Señor, las que penetra el Espíritu Santo, si Éste mismo Espíritu no alumbrá nuestros ojos con su espléndida y hermosa luz? Ciertamente que Dios no escudriña como el hombre, ni es capaz su inteligencia de progreso, porque es la plenitud de la verdad; y por otra parte, todo igualmente se descubre á sus divinos ojos, con la misma claridad y perfeccion. Es, pues, para nosotros, un misterio esa investigacion de las pro-

(1) I. Cor. II. 10.-14.

fundidades invisibles del Señor; mas recordemos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que tiene su misma esencia, y es un solo Dios con Ellos; que en los tres, una es la majestad y la grandeza, y uno mismo el poder; y desde luego tendremos, que aquella investigacion, no es sino el conocimiento perfecto, la íntima y cabal penetracion de la divina ciencia, á la que no se ocultan los secretísimos consejos del Eterno. (1)

Mas no sólo esto, si que tambien, ese Espíritu Divino es de Dios, está en Dios, es Dios Él mismo; porque procede del Padre y del Hijo, de quienes recibe la divina esencia: y hé aquí brillando con pura y espléndida luz, aquellas misteriosas palabras de San Pablo en que nos hemos ocupado.

Mas ¿como el amor es tan íntimo y profundo en Dios, cuando sabemos que el amante sale en cierta manera de sí mismo siguiendo al que ama? Esto, en efecto, tiene lugar cuando vamos en busca del amado que no tenemos con nosotros mismos; mas no sucede en Dios, cuyo Divino Espíritu está siempre en el Padre y en el Hijo: procede de ámbos sin separarse de ninguno, pues es su eterno abrazo, el amor y ósculo santo de uno y otro, su eterno vínculo, su lazo indisoluble. (2) El abrazo, el ósculo santo, el vínculo sagrado del Padre y el Hijo..... maravillas son estas que nos llenan de asombro, expresiones cuyo profundo sentido no alcanza el hombre á penetrar. El abrazo del Padre y del Hijo, ¿no es esto un bellissimo símbolo del amor más perfecto

(1) Tirinus, hic. (2) Bossuet. Serm. de la Santísima Trinidad.

y sagrado de entrámbos; de la union más estrecha y eterna? ¿No nos dice tambien ese abrazo que, son infinitas y santas, é inviolables las delicias del Padre y del Hijo?

Ese ósculo santo de amor, es tambien el emblema de la eterna y dulcísima paz en que viven y reinan el Padre y el Hijo; paz divina que nunca tendrá que turbarse, donde todo es socio y descanso, y gloria, y divina ventura.

Ese vínculo, en fin, nos revela que el Padre jamas estará sin el Hijo; y con ámbos reinará por siempre el Espíritu que procede de los dos con infinita y eterna grandeza.

El Espíritu Santo procede no como engendrado, ó como hijo, sino más bien, como espíritu, con cuyo nombre designamos cierta mocion vital y divina, y un soberano y amoroso impulso; pues se dice que el amor nos mueve ó impele á ejecutar alguna cosa. [1] El impulso y la mocion de que nos habla el Ángel de la Escuela, y que corresponde á la voluntad, distinguen la procesion del Espíritu Santo, de la del Verbo Divino. Impulso uniforme, mocion simultánea, como que es de un principio solo, y de una misma espiracion. Ese impulso es un vivo aliento, una ardiente y abrasada llama, una hoguera, por llamarlo así, de inextinguible amor. Esa mocion que no lleva al Padre ó al Hijo fuera de Sí mismos, ni los llega á conmover, los tiene unidos con amorosa y dulcísima lazada.

La mocion y el impulso de que hablamos, es en sí

(1) D. Th. p. 1. q. 27. a. 4.

mismo, un manantial indeficiente de dulzura; es la infinita y soberana delicia del Padre y del Hijo. Es el Hijo la perfecta y bellísima imágen de su Padre; ¡podrá no ser el objeto de las tiernas y amorosas complacencias del mismo Padre, Aquel Hijo que le es igual en grandeza y perfeccion? ¡Ó el Hijo podrá no amar con infinita y santísima dulzura, al Divino Padre de quien todo lo tiene recibido? Y vedlos amándose con infinito y abrasado amor, eterno, perfectísimo, y que tiene un mismo sér, la misma vida que el Padre y el Hijo, y que es tambien, amado de uno y otro, con amor infinito y soberano, y que tambien recibe y goza, las delicias y la gloria de la divina y adorable esencia.

Tantas maravillas y grandezas, y tan elevada perfeccion como vislumbramos en el Espíritu Santo, á pesar de las profundas tinieblas que nos envuelven mientras estamos en el mundo, nos inspiran un tierno y gran cariño, hácia esta adorable Persona de la Santísima Trinidad. Y no sin razon, pues la vemos brillar con toda la grandeza, y la majestad, y el poder, y las riquezas, y la gloria del Sér divino. Y vemos asimismo, que Ella es quien nos eleva, y santifica, é ilumina nuestras almas, y las adorna y engalana con sus más preciosos dones; porque el Espíritu Santo es el Consolador, el Don del Dios altísimo, la fuente viva, el fuego, la dulce caridad, la uncion espiritual, la septiforme (1) dádiva, el dedo de la diestra del Divino Padre, el que ilumina nuestros ojos con apacible y bello resplandor,

(1) Nuestros lectores disimulen el empleo de esta palabra siquiera en gracia de su origen y de la precision con que explica nuestro pensamiento.

y enciende nuestros pechos con una dulce llama, y alienta y regocija los cansados miembros. Él es tambien, el que retira al enemigo, y nos da la paz de Dios, y va delante de nosotros por todas las sendas de la vida, haciéndonos huir de todos los peligros. ¡Oh, y cómo no amar al Espíritu Divino con tierno y generoso amor! ¡Ó deseamos tener el corazon para otra cosa? Que arda, pues, en las más vivas y abrasadas llamas del amor de ese Sagrado Espíritu y entónces tendrémolos con nosotros la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios Padre, y la participacion del mismo Espíritu Santo. (1)

## CAPÍTULO VI.

### § I.

#### RELACIONES DE ORÍGEN DE LAS DIVINAS

##### PERSONAS.

El órden ó referencia de una divina persona á otra ó á otras dos se llama relacion. (2) En Dios existe realmente ese órden de que hablamos, puesto que son realmente distintos el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y no lo son por lo que en Dios es absoluto, como el poder y la sabiduría, que igualmente tienen; sino por lo relativo y propio á cada uno. El Padre en cuanto Padre, no se dice á Sí mismo, sino al Hijo. Así tambien el Hijo en cuanto Hijo, se refiere al Padre; y de la misma manera, el Espíritu Santo se refiere tambien al Padre y al Hijo de quienes procede eternamente. (3)

(1) II. Cor. XIII. 13. (2) Bouvier, hic. (3) Cerboni.